

LOS CLÁSICOS

Las paradojas de Gilbert Keith Chesterton

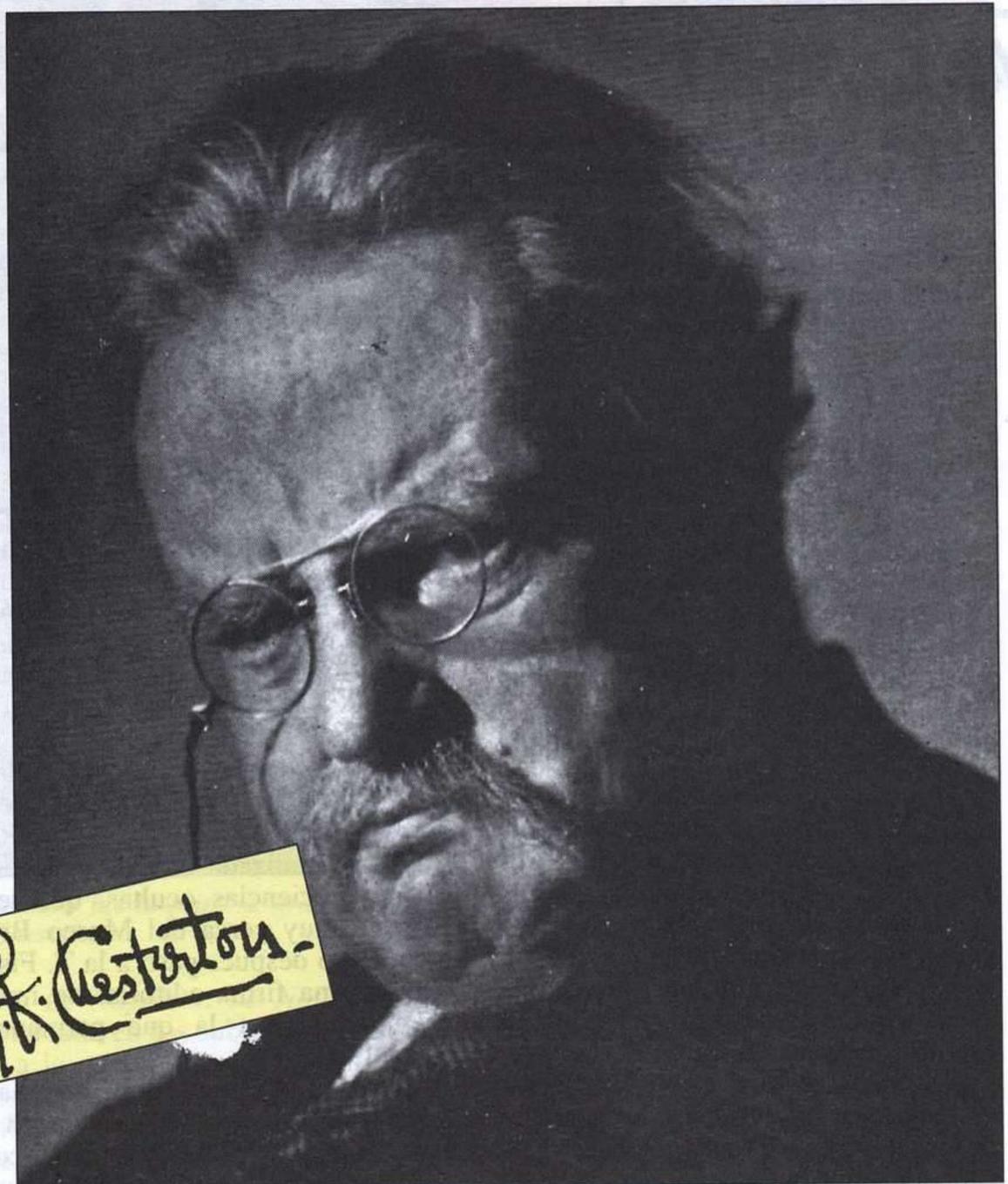
por **Mauricio Bach***

«... Chesterton es de aquellos venturosos que pueden prescindir de la aprobación de la crítica y aun, a veces, de la aprobación del lector, pues el agrado que nos proporciona su trato es irresistible y constante.»

Borges dedicó estas palabras al creador del Padre Brown, sobre el que versa el siguiente artículo, en el que se pone de manifiesto su calidad de maestro indiscutible en la construcción de tramas policíacas, adornadas con elementos fantásticos.



G.K. Chesterton.



Borges hizo mucho por rescatar del olvido la obra de Chesterton.



El escritor gustaba de realizar figuras para sus «teatros de juguetes» (toy-theatre).

«Luego tenemos a Chesterton, el gran heredero de Poe. Chesterton dijo que no se habían escrito cuentos policiales superiores a los de Poe, pero Chesterton —me parece a mí— es superior a Poe. Poe escribió cuentos puramente fantásticos [...] y además cuentos de razonamiento como sus cinco cuentos policiales. Pero Chesterton hizo algo distinto, escribió cuentos que son, a la vez, cuentos fantásticos y que, finalmente, tienen una solución policial.»

J.L. Borges.

A sí de claro se mostraba Borges en una conferencia sobre el relato policial dictada en la Universidad de Belgrado (*Borges oral*, Barcelona: Bruguera, 1979); y es que Chesterton fue uno de los autores que más devotamente amó. El escritor argentino fue una de las personas que más hizo por la recuperación del creador del Padre Brown, que tras su muerte, después de haber gozado de enorme popularidad y éxito en vida, cayó en un prolongado des-

precio crítico del que se le empezó a rescatar en 1974, con motivo del centenario de su nacimiento.

El periodista y el escritor

Gilbert Keith Chesterton nació en Londres el 29 de mayo de 1874, pasó su etapa escolar en la St. Paul's School y posteriormente estudió artes plásticas en la Slade School of Arts, dependiente del University College, donde también tomó cursos, aunque sin llegar a completar su formación universitaria.

En 1895 abandonó los estudios y empezó a trabajar como encargado de prensa en la pequeña Editorial Redway, especializada en libros de espiritismo y ciencias ocultas, que tenía su sede muy cerca del Museo Británico. Poco después pasó a la T. Fisher Unwin, una firma editorial de mayor envergadura, en la que permaneció hasta 1901.

Entre tanto, Chesterton, que había empezado a escribir en su época de estudiante, hacía sus primeras colaboraciones en prensa, que incluían críticas de arte en *Bookman* y artícu-

los sobre temas diversos en publicaciones como *Speaker*, *The Debater* y posteriormente el *Daily News* y el *Illustrated London News*, entre otras. Su producción periodística gozó de gran popularidad en el primer cuarto de nuestro siglo y sus artículos sobre religión, filosofía y especialmente política —fue toda su vida simpatizante del Partido Liberal— tenían un enorme eco y cimentaron su prestigio como articulista. Chesterton era un agudo polemista, que mantuvo combates dialécticos en la prensa con diversos intelectuales de la época, entre los que se incluyen George Bernard Shaw (al que también dedicó un ensayo biográfico, publicado en 1910) y H.G. Wells.

Paralelamente a su ascendente carrera periodística,



Otra figura creada para su toy-theatre.

Chesterton empezaba a publicar sus primeros libros, como el poemario *The Wild Knight and Other Poems* (1900), las recopilaciones de artículos ensayísticos *The Defendant* (1901) y *Twelve Types* (1902), o la biografía de *Robert Browning* (1903), primera de una larga lista de perfiles literarios, dedicados entre otros a escritores como Charles Dickens (1906), Thackeray (1910), William Blake (1910) o Stevenson (1927).

En estas primeras obras del joven escritor, la crítica de la época ya empieza a destacar algunos de los rasgos definitorios que sustentarán su madurez creativa: un vivísimo gusto por la paradoja y un agudo ingenio al abordar cualquier tema.

Nace el narrador

La primera incursión narrativa de Chesterton es una novela publicada en



La pintura fue la primera gran afición de Chesterton.

1904, *El Napoleón de Nothing Hill*, ambientada en los suburbios londinenses, a la que sigue el volumen de relatos *El club de los negocios raros* (1905), temprana muestra de la imaginación y brillante estilo del escritor. Los cuentos habían ido apareciendo previamente en la revista *The Idler*,



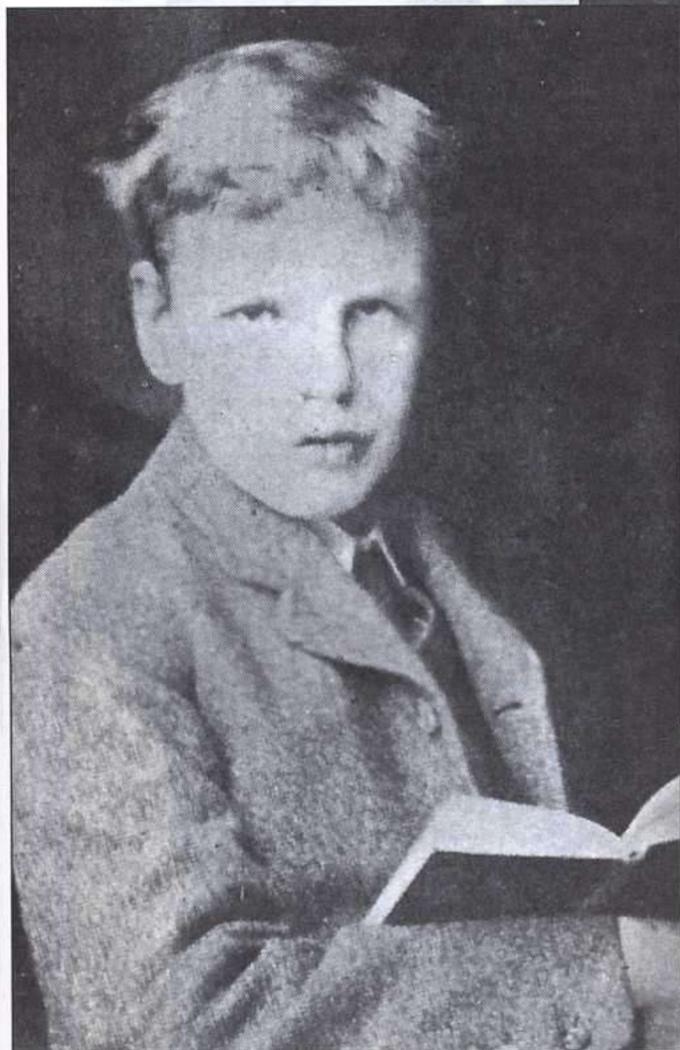
Autocaricatura realizada por el autor.

con ilustraciones del propio autor; y es que Chesterton —que, recordémoslo, había estudiado artes plásticas— ilustró con ingeniosos dibujos tanto obras propias como ajenas a lo largo de toda su vida.

En 1908, aparecía su segunda novela, *El hombre que fue Jueves*, una ingeniosa fábula fantástica protagonizada por un poeta-detective de Scotland Yard que se infiltra en una trama anarquista empeñada en destruir el mundo. El libro, que sigue siendo uno de los más recomendables del escritor y cuenta con páginas realmente antológicas, ya despertó en su momento un enorme entusiasmo, y el entonces prestigioso catedrático y crítico C.S. Lewis no dudó en poner a Chesterton a la altura de Kafka. Un par de años después, nacería el personaje que lo haría mundialmente famoso.

El Padre Brown

Chesterton gozaba en las primeras décadas del siglo de una enorme popularidad, debido a lo cual dictaba un considerable número de conferencias a lo largo y ancho de Inglaterra. Fue



El escritor a los 13 años, cuando estudiaba en St. Pauls School.

en uno de estos desplazamientos como conferenciante cuando, en 1904, conoció al Padre O'Connor, un cura católico irlandés, párroco de la iglesia de St. Cuthber en Bradford, al que le uniría una larga amistad.

El sacerdote, que al parecer hacía gala de unas facultades intelectuales fuera de lo común, inspiró a Chesterton al cabo de los años un personaje literario, el Padre Brown, que fue acogido con gran entusiasmo por los lectores. *La cruz azul*, el primer relato protagonizado por este cura rechoncho, bonachón, absolutamente anodino y tremendamente perspicaz, apareció en septiembre de 1910 en la revista *Storyteller*. El personaje acompañó al escritor a lo largo de toda su vida, y sus obras completas constan

de cinco volúmenes de cuentos: *El candor del Padre Brown* (1911), *La sagacidad del Padre Brown* (1914), *La incredulidad del Padre Brown* (1927), *El secreto del Padre Brown* (1927) y *El escándalo del Padre Brown* (1935), siendo las dos primeras entregas, con mucha diferencia, las más interesantes —dos auténticos hitos de la literatura policiaca—, ya que posteriormente la serie entró en franca decadencia.

Curiosamente, al igual que el famosísimo detective creado por Conan Doyle, también el Padre Brown fue una especie de hijo *no deseado*. Fue el

personaje que más éxitos proporcionó a su autor y por el que fundamentalmente ha pasado a la posteridad, pero —tal como le sucedía a Conan Doyle con Sherlock Holmes— Chesterton consideraba a su cura detective una creación absolutamente menor e irrelevante, y en los últimos años de su carrera sólo resucitaba al personaje cuando apremiaban las necesidades económicas.

Sin embargo, a pesar del despecho del escritor, el Padre Brown es una de las indiscutibles cimas de la literatura policiaca, a la que aporta dosis admirables de ingenio y de fantasía. El tor-



El escritor y Dorothy Collins, que escribió sobre su vida.



ALICIA CAÑAS. LA INCRECULIDAD DEL PADRE BROWN. MADRID: ANAYA, 1993.

COLABORACIONES

pón curita —ayudado en muchos cuentos por Flambeau, el famoso criminal francés reconvertido en su más fiel colaborador— acaba siempre resolviendo los más intrincados enigmas, no sólo gracias a sus dotes de agudo observador, sino también a su profundo conocimiento del alma humana. El personaje marca el inicio de

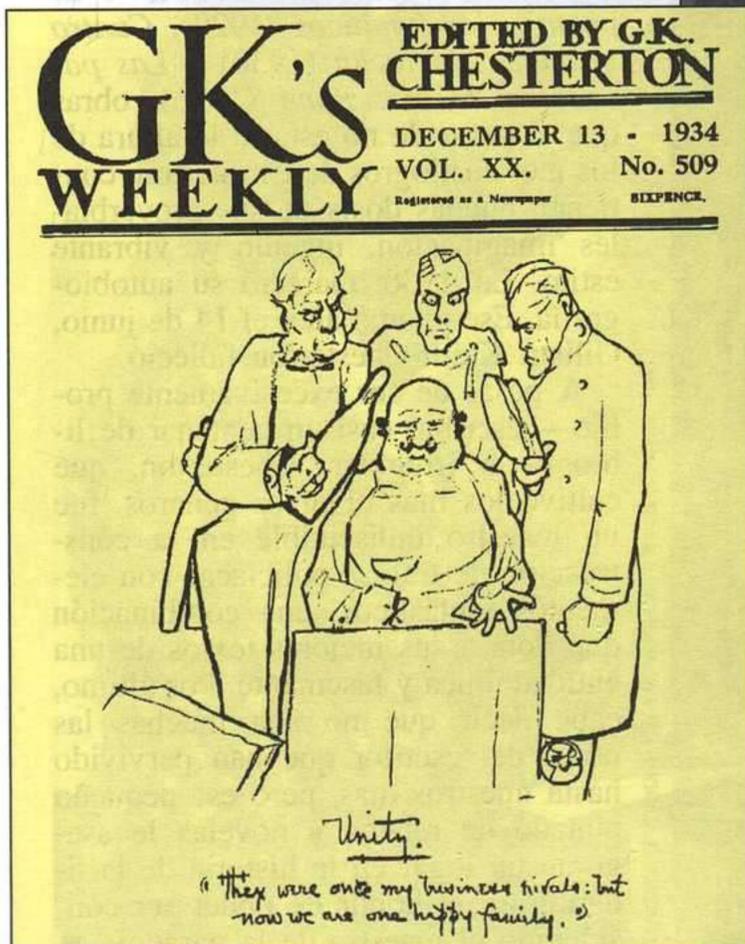
una tipología de detective paradójico que, frente a la perfección sin tacha de Holmes y los de su estirpe, aparece como un antihéroe aparentemente incapaz de enfrentarse con sus malvados adversarios, a los que sin embargo al final siempre vence gracias a su

ingenio y sagacidad. Esa línea tendrá una amplia continuidad en el género, de la que es un buen ejemplo la anciana Miss Marple de Agatha Christie, otra improbable investigadora.

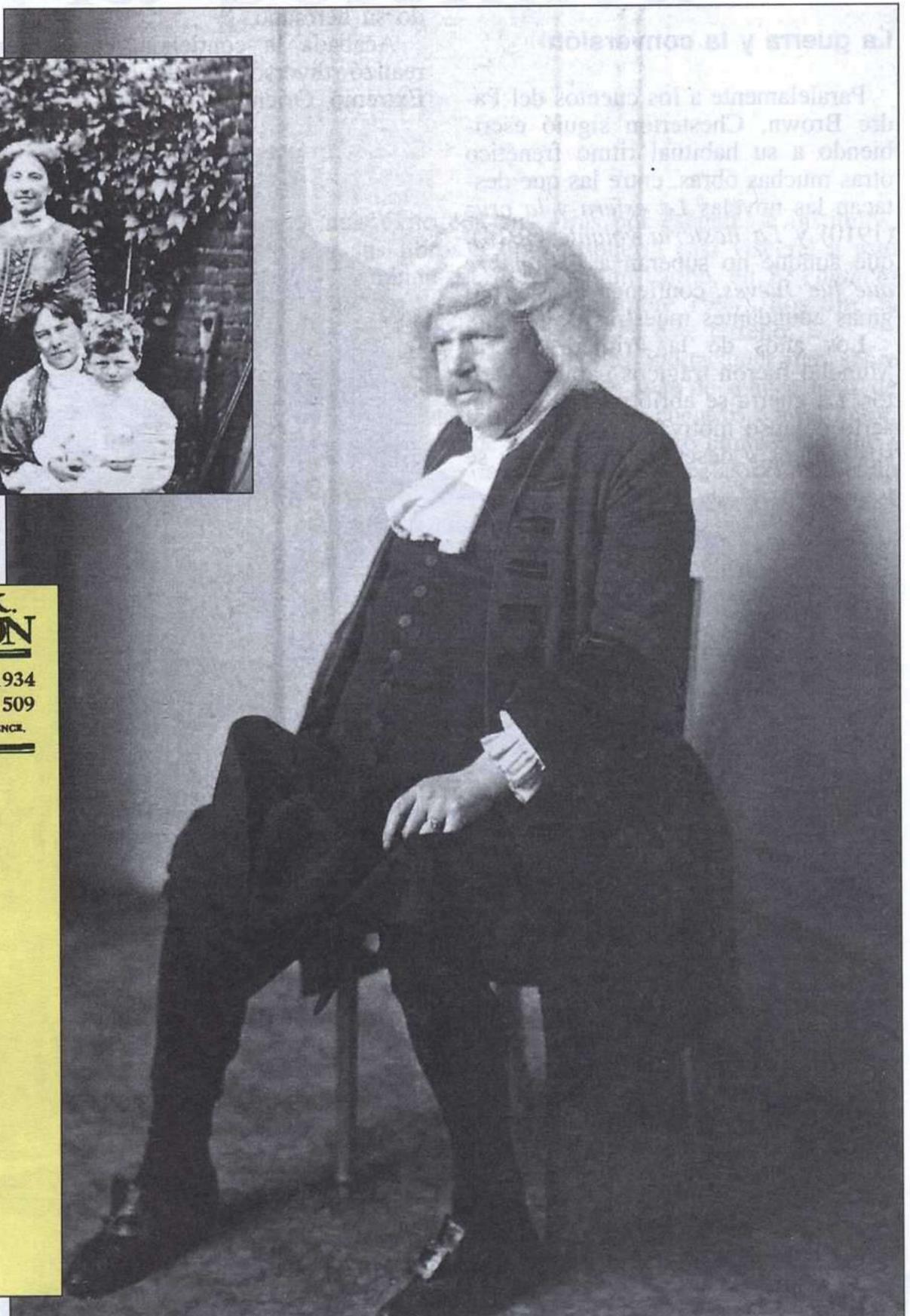
Los dos primeros libros de la serie son una sucesión de auténticas obras



La familia Chesterton en Warwick Gardens en 1911.



Chesterton ilustró algunas de las portadas del semanario que él editaba.



Una foto del escritor disfrazado.

maestras del relato policial, con tramas sorprendentes, toques fantásticos, desenlaces inesperados y un espléndido juego con la paradoja, virtudes que, como ya se ha dicho, irán perdiendo brillantez a medida que la serie avanza.

La guerra y la conversión

Paralelamente a los cuentos del Padre Brown, Chesterton siguió escribiendo a su habitual ritmo frenético otras muchas obras, entre las que destacan las novelas *La esfera y la cruz* (1910) y *La hostería volante* (1914), que aunque no superan a *El hombre que fue Jueves*, contienen en sus páginas abundantes muestras de talento.

Los años de la Primera Guerra Mundial fueron trágicos para el escritor. La guerra se abrió para él con un serio colapso motivado por sus excesos etílicos y descuido dietético, y se

cerró con la muerte de su hermano Cecil en Francia, donde estaba trabajando como corresponsal, poco después de firmarse el armisticio. Esa pérdida afectó profundamente a Chesterton, que además tuvo que asumir la dirección del semanario *The New Witness*, que hasta entonces había dirigido su hermano.

Acabada la contienda, el escritor realizó diversos viajes por Europa, Extremo Oriente y Estados Unidos,

sobre los que escribió en abundancia en obras como *What I Saw in America* (1922).

En 1922, tras largos años de dudas, Chesterton decide convertirse finalmente al catolicismo, y es bautizado por su amigo el Padre O'Connor. Fruto de esta conversión son una serie de libros de tema religioso, como las biografías de *San Francisco de Asís* (1923) y de *Santo Tomás de Aquino* (1933), y el ensayo *El hombre eterno* (1925), que atacaba las teorías evolucionistas y materialistas, y fue muy elogiado en su momento por Evelyn Waugh, que vio en él la obra maestra del escritor.

Entre tanto, en 1923 *The New Witness* había dejado de aparecer por problemas económicos. Dos años después, Chesterton lanzó el semanario *G.K.'s Weekly*, que dirigió hasta su muerte.

Entre los últimos libros del autor merecen destacarse *El hombre que sabía demasiado* (1922) —protagonizado por el aristocrático detective Horne Fisher, que no logró eclipsar a su ilustre antecesor el Padre Brown—, *El poeta y los lunáticos* (1929), *Cuatro granujas sin tacha* (1930) y *Las paradojas de Mr. Pond* (1936), obras que, a pesar de no estar a la altura de los mejores logros de Chesterton, contienen buenas dosis de sus proverbiales imaginación, ingenio y vibrante estilo. En 1936 apareció su autobiografía. Ese mismo año, el 14 de junio, Gilbert Keith Chesterton falleció.

A pesar de ser excesivamente prolijo —escribió casi un centenar de libros— e irregular, Chesterton, que cultivó los más diversos géneros, fue un maestro indiscutible en la construcción de tramas policíacas con elementos fantásticos, una combinación que dota a sus mejores textos de una entidad única y fascinante. Por último, cabe decir que no son muchas las obras del escritor que han pervivido hasta nuestros días, pero ese pequeño puñado de relatos y novelas le aseguran un lugar en la historia de la literatura y el honor de poder ser considerado el maestro de la paradoja. ■

* **Mauricio Bach** es escritor, traductor y crítico literario.



IVAN FERNÁNDEZ, EL CANDOR DEL PADRE BROWN. MADRID: ANAYA, 1992.